

# Molinos

DE ESPIRITU



*M*OLINOS de Campo de Criptana. (foto Granero.)

TOMELLOSO, mayo de 1947

## Sumario

EL PALACIO DEL VISO, por ANGEL ROTOR, pág. 3.—DE MIGUEL DE CERVANTES, *poesía*, por FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN, pág. 9.—DE ROMERIA, por MARIA I. PEDRERO, pág. 9.—LA MANCHA ETERNA, *poesía*, por MANUEL GONZALEZ HOYOS, pág. 11.—RULDERA, REPORTAJE GRAFICO, por JOAQUIN HUERTAS, pág. 12 y 13.—MOLINOS DEL CAMPO DE CRIPTANA, por JUAN JOSE ESCRIBANO DE LA TORRE, pág. 14.—SIGÜENZA EN CIUDAD REAL, por JUAN ALCAIDE SANCHEZ, página 16.—MI MAESTRO, por DARIO ZORRI, pág. 18.—FREY FERNANDEZ GOMEZ DE FUENTEOVEJUNA, por JOSE SANZ Y DIAZ, pág. 20.—LA INFLUENCIA DE LA MADRE EN DON QUIJOTE, por EMILIO RUIZ PARRA, pág. 22.

Año II

Mayo de 1947

Núm. 7



DE ESPIRITU

*Revista mensual de exaltación manchega*

Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas, S. L.  
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —

AÑO II

TOMELLOSO, mayo de 1947

NUM. 7

## EL PALACIO DEL VISO

**H**E aquí, lector, un gran monumento español que, pese a su singular relevancia histórico-artística, permanece ignorado y en franco abandono, por lo cual conceptuamos oportuno todo lo que contribuya a despertar la atención general hacia su conocimiento y protección, en esta hora nueva en que se recupera la conciencia de nuestro ser y destino, reconociendo, entre otras verdades apodícticas, el alcance que tuvieron las gestas náuticas del país como fundamento de su grandeza de otrora.

No obstante su alto valor y significación en esos órdenes estético y evocador y lo vinculado que se halla al recuerdo de uno de los más gloriosos personajes de nuestra época imperial, apenas hay quien lo visite, no vino siendo mencionado por los autores de libros o trabajos periodísticos atinentes a la región en que se encuentra, y lenta, pero tenazmente, a compás del ineluctable discurrir del tiempo, va deteriorándose y perdiendo los primorosos detalles de la que fué un día su fastuosa fábrica.

Recientemente se ha lanzado la idea de construir en Ciudad Real una magna edificación que con el nombre de «Palacio de Cervantes» viniese a ser máximo exponente conmemorativo del Príncipe de los Ingenios al celebrarse el IV Centenario de su nacimiento; pero justo es reconocer no sólo la dificultad de arbitrar la considerable suma dineraria precisa para tal empresa, sino que, aun disponiendo de ella, ya no habría tiempo de erigir dentro de este año la gran edificación. Por ello se nos ocurre que podría habilitarse como tal palacio cervantino el célebre de Santa Cruz, en el Viso, contribuyendo así a restaurar la más bella y evocadora mansión manchega, que, aunque no situada en el centro geográfico de la Ruta—que sin duda alguna ocupan Argamasilla de Alba y Tomelloso—, serviría para la finalidad de referencia, pudiendo quedar después como museo cervantino y parador turístico regional.

Asentado en la villa manchega propinqua ya al desfiladero que atraviesa el gran plegamiento mariánico, el Palacio marquesal de Santa Cruz constituye uno de los jalones regionales de ineludible conocimiento turístico; pero se da el caso paradójico de que al exaltar el sentido emocional de la *Ruta del*



*Quijote*, circuito en el que se integran también parajes del Viso, no suele tenerse en cuenta el gran monumento de referencia, empero ser, por descontado, y como ya se ha dicho, una de las más altas manifestaciones artísticas de la región.

Los datos más antiguos que del Viso hay se remontan a la primera mitad del siglo XII, cuando Alfonso VII—primer monarca hispano con quien apunta la idea imperial—logra arrebatar a los alarbes el castillo que allí tenían, de tanta importancia castrense por defender el Puerto del Muradal, único o, al menos, principal paso de la cordillera a que hemos hecho referencia. Quedó guarnecido por la nascente orden religioso-caballeresca de Calatrava, cuyo territorio fijó Alfonso VIII en 1189. hasta que, algunos lustros después, sobrevino nuevamente la dominación agarena como consecuencia de la rota de Alarcos; pero cuando, tras la decisiva victoria de las Navas de Tolosa, no volvió ya la Media Luna a franquear Sierra Morena, convirtiéndose en poblado, cuyos habitantes fueron aumentando lentamente, entre otras razones, por la inseguridad que ofrecía, dados los asaltos del bandidaje. Fué el rey *Sabio* quien acometió la tarea de repoblar la región, y así, de manera parigual a como hubo de interesarse por que la que llegaría a ser capital provincial —Ciudad Real— entonces aldea insignificante, alcanzase el rango de «gran villa e bona; e que conservasse e tuviesse entre todos por fuero, e que fuesse cabeza de toda aquella Tierra», cuidó de que el Viso acreciera, «para seguridad de aquel camino, el único que ponía en comunicación Castilla con Andalucía», declarando a sus moradores exentos de todo tributo.

Al pasar la villa a poder de la Orden de Calatrava perdió los reales privilegios, quedando a merced de los salteadores, ya que las milicias de aquélla no podían protegerla, por estar ausentes casi constantemente, en las ininterumpidas contiendas, ora contra la morisma, ora contra los nobles levantiscos, y ello hizo que sus vecinos aprovecharan la coyuntura que se les presentaba con el paso de Enrique IV por el Viso, de regreso de la guerra de Granada, para suplicarle protección, consiguiendo del monarca la Carta de 15 de noviembre de 1457, que les dispensaba de pagar pechos a la Corona. En 1482 se llevó a efecto el deslinde de términos en el Campo de Calatrava, fijándose los límites del Viso y determinándose los derechos que el Arzobispo de Toledo y el Maestre de la Orden tenían sobre el pueblo y, aunque los primeros se señalaron muy amplios, el Concejo obtuvo a partir de entonces escasos recursos, por quedar lo más productivo para las encomiendas calatravas. El Emperador Carlos V, encontrándose en Toledo, otorgó su Carta de 31 de enero de 1539, por la que cedía al célebre Almirante D. Alonso de Bazán, padre del primer Marqués de Santa Cruz—a quien algunos autores nombran también D. Alvaro «el Viejo»—el Señorío del Viso, «el que por esta adquisición—escribe un cronista—recibió los derechos y preeminencias que sobre esta villa y su término tenían la Mesa Maestral y Comendador del Moral, así es que, a más de los derechos señoriales mencionados ya en otros pueblos, que salieron como éste del poder realengo en aquella época, los vecinos del Viso habían de hospedar al Marqués por un par de días, si se dignaba visitarles, podía pastar en su término doble ganado que el más rico ganadero de sus vecinos, de las yerbas que vendía el Concejo tomaba la 14.<sup>a</sup> parte, y su gobernador era el encargado de administrar justicia, al que ordinariamente residía en Valdepeñas. Por este tiempo tenía este pueblo 500 vecinos».

Don Alvaro de Bazán—el primitivo apellido de su ascendencia paterna, de noble abolengo navarro, era González de Baztán—hijo de dicho Almirante y de su esposa doña Ana de Guzmán, de la casa condal de Teba y marquesal de Ardales, nació en Granada el 12 de diciembre de 1526, alcanzando, como es sabido, pronta y singular fama como marino invicto, en lo que influyó marcadamente haber contado en su progenitor tan buen maestro para aprender el arte de la guerra, pues éste, inventor de los barcos llamados *galeones* y reformador del artillado naval, fué tenido en su tiempo como el rey de los



Fachada principal del palacio de D. Alvaro de Bazán, en Viso del Marqués.

señala como síntesis del tributo del primer Marqués de Santa Cruz a la Patria: «Rindió ocho islas, dos ciudades, veinticinco villas y treinta y seis castillos fuertes, venció ocho capitanes generales, dos maestros de campo generales y sesenta señores y caballeros principales. Prendió soldados y marineros: franceses, 4.753; ingleses, 780; portugueses, 6.450; turcos y moros, 5.243. **Apresó 44 galeras, 21 galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y naos de alto bordo, siete caramuzales, tres carabos y una galeaza con 1.814 piezas de artillería, y dió libertad a 5.654 cautivos españoles.**»

De cómo el primer Marqués de Santa Cruz—título concedido por Felipe II en 1569—cobró singular estima al Viso lo demuestra haber ideado la construcción de un magnífico palacio en aquel pueblo cuando era la época, al decir de Thiers, de «las grandes locuras de piedra»; palacio de considerables proporciones y gusto original, ya que, según afirma el docto Lampérez, aunque sea obra de *patrón* italianizante, ofrece una decoración singular, con pinturas al fresco, cosa que no era habitual emplear en las grandes edificaciones señoriales españolas, generalmente exornadas en su interior con paños, tapices y cuadros. El marino glorioso quiso, sin duda, contar en él una morada adecuada, según dice Ponz, «para pacífico descanso, en sus últimos años, de los dilatados servicios y trabajos militares en obsequio de la nación».

Fué autor de la traza el arquitecto y pintor italiano Juan Castello Bergamasco, llamado así por haber nacido en la ciudad de Bérgamo, bajo cuya dirección se puso la primera piedra, en 15 de noviembre de 1564, y continuaron las obras, ayudado por su coterráneo y compañero Juan Bautista Olamoquin, como aparejador, y varios maestros canteros y albañiles, también italianos. En 1571 figuraban como directores de la fábrica los maestros Domingo (arquitecto) y Alberto (carpintero), ambos genoveses, y en 1585 Juan B. Prioli, igualmente natural de la capital de Liguria. Los pintores fueron César Arbasia, italiano, y, después, los hermanos Juan y Francisco Pérola, españoles, naturales de Almagro, hábiles en las tres artes plásticas según era costumbre entonces, que fueron los autores, a más de los frescos del atrio, galerías, escalera, uno de los grandes salones y algunas piezas más y varias esculturas en este palacio, de diversas obras pictóricas ejecutadas en Córdoba, Sevilla y Villanueva de los Infantes, en todas las cuales patentizaron, según un crítico, «brillante colorido, corrección de dibujo, actitudes graves y majestuosas e inteligencia de la anatomía».





*Una vista del patio.*

La vista de la fachada, que ofrece admirable portada de orden toscano, con magníficas columnas y pedestales de mármol blanco, procedente, como el empleado en el interior, de canteras cercanas a la villa, y un gran balcón central, predispone al visitante para admirar la grandiosa edificación, cuya magnificencia y pureza de líneas de su interior hacen de la misma un acabado conjunto de obra maestra, digna, en verdad, de estar mejor conservada. Apenas se penetra en el atrio comienza ya a verse la decoración pictórica, pues en su bóveda está representado Neptuno conduciendo su carro sobre las olas, y llegando al anchuroso patio se contempla, enfrente, la escalera, así como, en derredor, los corredores o tramos de las galerías que con razón se ha dicho son semejantes a las de El Escorial, galerías que tienen catorce pilastras de orden dórico y bases áticas en la parte inferior, así como de orden jónico, con balaustres y pasamanos en la alta o superior, todo ello de ese excelente mármol del país anteriormente aludido. Dicha galería baja ofrece profusa decoración pictórica en los espacios del paramento que dejan libres las puertas y en los lunetos y pechinas de las bóvedas, figurando alegorías de Espa-

ña, Francia, Italia y el Imperio Otomano, con sus principales ciudades, así como varias batallas en las que fué vencedor el insigne marino (Ceuta, Gibraltar, Navarino, Constantinopla, El Cairo, Argel, La Goleta, etc.) e igualmente, encima de las puertas están a uno y otro lado de cada ángulo, dando frente a los corredores, ocho figuras alegóricas de famosos personajes: Carlos V, Felipe II, Pío V, etc., relacionados con las ciudades y países que allí se representan.

La estancia principal del piso bajo, a la izquierda de la entrada, es la sala llamada de Portugal, por estar representada en ella la rápida conquista de este reino por Felipe II. «En el techo de esta sala—escribe Alcalá Galiano—, la pintura del centro representa la toma de la capital del vecino reino lusitano (25 de agosto de 1580), en que el Marqués de Santa Cruz apresó con su armada la que el Prior D. Antonio tenía para la defensa del río de Lisboa; en los medallones que hay alrededor están pintadas la salida de Cádiz de la Armada de D. Alvaro, su llegada a Ayamonte, las rendiciones de las villas de Faro, de Villanova de Portimao y de la ciudad de Lagos; las de las fortalezas de Sagres y Bolieria con la villa de Albor y aldea del Obispo, situadas unas y otras inmediatas al cabo de San Vicente; la toma de Setúbal, el embarco del ejército en Setúbal, su desembarco próximo a Cascaes, la rendición del castillo de San Julián y la de la torre de Bethlen y el reconocimiento de la armada portuguesa. Entre los medallones que contienen las pinturas de esas empresas, existen doce retratos de personajes, entre los cuales figura el primer Marqués de Santa Cruz, todos vestidos a la romana, para mejor armonía con el conjunto de los adornos». Esta y otra estancia inmediata donde están representados pasajes de la historia de Roma son las únicas del piso que conservan sus pinturas, pues varias más que las tuvieron sólo ofrecen vestigios de ellas. Las demás de la planta baja quedaron sin decorar, acaso, como apunta Ponz, «porque le faltase al Marqués de Santa Cruz tiempo para hacer pintar las demás piezas de este palacio, o que por alguna ausencia suya se

quedasen sin este adorno, pues parece que su intención era de que todas las paredes recreasen en utilidad a los que fuesen a verlas, enseñando algo. no solamente en la parte histórica de sus días, sino también de los tiempos antiguos, en una variedad agradable de asuntos mitológicos, alegóricos, etc.»

Ascendiendo por la ancha y monumental escalera, cuya bóveda aparece también pintada con asuntos mitológicos, se llega al primer descanso, a partir del cual se halla aquélla dividida en dos tramos laterales, en opuesto sentido, que conducen a otros dos descansos, que es donde se encuentran sendas estatuas, de gran tamaño, modeladas en estuco, no en mármol como algunos autores han escrito. las cuales por mucho tiempo se creyeron representativas de Neptuno y Marte, pero que hoy se tienen como de Andrea Doria y don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, respectivamente.

La galería alta o superior ofrece, acaso, mayor motivo que la de abajo para ser en ella admirada la suntuosidad del edificio, pese a que algunas de sus pinturas se encuentren tan deterioradas que pueden considerarse en parte como inexistentes, contrastando, por ende, con las del piso bajo, varias de las cuales parecen acabadas de hacer. Estas pinturas representan cuatro grandes empresas afortunadas del glorioso marino: la toma de la isla de los Querquenes (24 de junio de 1576); la jornada del río Tetuán (9 de marzo de 1565); las siete galeotas apresadas a los turcos en el mismo año, y la toma de Túnez (1573). También hay allí alegorías de Flandes, América y Filipinas.

Encima de las monumentales puertas de esta galería, que dan paso a los salones y a la capilla, existen hornacinas donde estuvieron colocados los fanales de las naves enemigas vencidas por el Marqués de Santa Cruz, así como el que llevó siempre el insigne marino en su capitana. Cinco de aquéllos fueron llevados en 1883 a la Armería Real, y el otro figura hoy en el palacio marquesal de Santa Cruz, en Madrid. Sobre la puerta del salón principal aparece un excelente busto marmóreo, retrato del gran Almirante. Este salón, con dos monumentales chimeneas de mármoles, y los otros llamados *de linajes*, por los retratos que de la familia Bazán ofrecen, anteriores y posteriores al primer Marqués. cuentan pinturas de época posterior, cuya calidad no es comparable a las de Arbasia y los Pérola existentes en la planta baja y en la escalera.

La visita detenida a esta gran edificación, tan sumariamente descrita—sin hacer referencia a otros recintos, como los sótanos inmensos, acerca de los cuales existen curiosos anécdotas—resalta el concepto que de su singularidad teníamos, haciéndonos ver que acaso no exista otra en España que refleje tan concluyentemente esa concomitancia con quien fué alma de su erección, cuyo trascendente relieve como ejemplar caudillo de la época áurea española en ella puede evocarse de manera insuperable. El primer Marqués de Santa Cruz alcanzó gran preeminencia señorial no sólo en el Viso, sino también en otros lugares vecinos, pues en 5 de junio de 1572 concedióle Felipe II las encomiendas de Alhambra y La Solana como caballero de Santiago, en premio a su actuación en la batalla de Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos», según otro excepcional asistente a ella, Cervantes; actuación que describió Ercilla en estas tres bellas octavas reales de su poema *La Araucana*:

«El buen Marqués de Santa Cruz, que estaba  
al socorro común apercebido,  
visto el trabado juego en que se andaba,  
y desigual en partes, el partido,  
sin aguardar más tiempo, se arrojaba  
en medio de la priesa y gran ruido,  
embistiendo con impetu furioso  
todo lo más reuuelto y peligroso.  
Viendo, pues, de enemigos rodeada  
la galera real con gran porfia,  
y que otra, de refresco, bien armada  
a embestrirla con impetu venia,

*saltóle de traves, boga arrancada,  
y al encuentro y defensa se oponía  
atajando con presto movimiento  
el bárbaro furor y fiero intento.*

*Después, rabioso, sin parar, corriendo  
por áspera batalla discurría,  
entra, sale y revuelve socorriendo,  
y a tres y a cuatro a veces resistía:  
¿quién podrá punto a punto ir refiriendo  
las gallardas espadas que ese día  
en medio del furor se señalaron  
y al mar con turea sangre acrecentaron?*

Don Alonso Bazán, uno de los diez hijos de D. Alvaro—cuatro habidos con su primera esposa, doña Juana de Zúñiga y Avellaneda, hija de los Condes de Miranda, y seis con la segunda, doña María Manucla de Benavides—, comenzó

*Bóveda de la escalera, decorada en estilo pompeyano.*



por los años 1570 a 1580 la edificación del convento franciscano del Viso, bajo la dirección de uno de los hermanos Pérola, anteriormente nombrados, destinándolo a panteón familiar; pero fallecido el primer Marqués de Santa Cruz en Lisboa el día 9 de febrero de 1588, antes de terminarlo, recibió sepultura en la iglesia parroquial de Santa María o Nuestra Señora de la Asunción, donde también fueron enterrados sus descendientes, habiendo sido trasladados los restos de aquél al Convento en 1643, permaneciendo allí hasta 1836, en que arruinóse el cenobio a consecuencia de la exclaustración, siendo por tal motivo reintegrados a la iglesia.

...

**Angel Dotor.**

**Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando.**

**Foto A. Merle Belgado.**



# De Miguel de Cervantes

En la inauguración de la Casa-museo de Lope de Vega

(Por el cable de Mariano de Cavia)

«Si de las dos envidias, mala y buena,  
mi espíritu la ruín envenenara,  
¡con qué amargura, oh, Lope, presenciara  
la de tu apoteosis alta escena!

«Mas no es así: de la región serena,  
a poder ausentarme, me ausentara,  
y en tu póstumo triunfo te aclamara,  
de férvido entusiasmo el alma llena.

«Sin razón de ser pobre te quejaste,  
ya que no fué tu mal tan grave y luengo  
como el que con mi péñola dió al traste.

«¿Tú como yo? Contigo no convengo:  
casa tuviste..., ¡y tienes! ¡Qué contraste;  
porque yo, ni la tuve, ni la tengo!»

**Francisco Rodríguez Marín.**

(De su libro "A La Real de España.")

&

# De Romería

*Para ti, mujer.*

Y A sé que no es oportuno hablar  
de las cosas después que pasaron,  
pero cuando éstas son agradables  
y no hubo antes ocasión de ha-  
cerlo, se nos perdona de antema  
no la inoportunidad. Además, no  
queremos que esta página tenga  
siempre la seriedad de aquello  
que, por grande y sublime, no  
se puede tomar en broma.

La alegría en la mujer es otro  
de sus mejores patrimonios. El

verla con una aureola de amor no quiere decir que siempre se tenga que estar sacrificando para que éste sea verdadero; aunque, por otra parte, el sacrificio no imprime tristeza en la mujer que de veras sabe serlo.

¡Alegria!: Claridad que todo lo llena de colorido. Las cosas parecen distintas a través de su mágico cristal. Sabe poner sol cuando nuestros días amanecen nublados y llena de belleza la vulgaridad de la vida cotidiana.

No es signo de alegría la carcajada estruendosa ni la guasa entre dañina y simple de los que ven la vida como una farsa. La alegría está en el equilibrio—difícil equilibrio—del temperamento. La sonrisa viene pues a ser como la música de ese concierto del alma, el corazón, las pasiones... Sí, la mujer que sabe sonreír siempre, cuando sufre y cuando es feliz, está en posesión de la verdadera alegría.

Y ahora que me doy cuenta, pensaba hablar de las Romerías y, según veo, me he marchado por otro camino. No importa, claro, porque precisamente en estas fiestas lo primordial no es la senda que se sigue, sino la afluencia en el lugar común. Me fui por el sendero de la alegría, ¿hay otro mejor? Aquí precisamente—en las Romerías—es donde la mujer desborda ese torrente que lleva dentro. Esta, como otras muchas fiestas, pero mucho más que otras, no podría celebrarse sin el concurso de la mujer, mejor de las mujeres, porque aquí se pierde por completo la personalidad de esposa, hija o hermana para tomarla en forma de una carroza de mujeres bonitas.

¡Romerías de la Mancha! Parecís un cuadro en el que el pintor hubiera descuidado el paisaje para ocuparse tan sólo de las figuras. Enmarcado en unos horizontes infinitos en donde el cielo da un beso amoroso a la tierra. Nos recuerda a aquellas madres que prodigan más caricias al hijo en quien reconoce menos dones. ¡Mis inmensas llanuras! Los que dicen que el Creador no puso en vosotras belleza tienen forzosamente que reconocer que, en el paisaje, ha plasmado su amor.

Tras la fila interminable de carros y galerías artísticamente adornados y rodeada de un grupo mixto que la acompaña a pie, va la Madre; esta Madre que, para llegar al corazón de sus hijos, toma advocaciones sencillas, tan sencillas como es la vida de los pueblos.

El argentino sonido de las campanillas que adornan su trono sirve de orquesta a las coplas que salen de gargantas jóvenes; coplas alegres que, al estar cantadas en este día y en honor de su Patrona, tienen cadencias de oración.

El alma de las romerías eres tú, mujer. Renaces las tradiciones con tus faldas y tus seguidillas. El sol de la primavera y el aire acariciante de la mañana se encargan de poner en ambas colorido y claridad.

Estas nubes de la tierra que son el polvo de los caminos se elevan al contacto de tantas pisadas. Siempre nos enseñó una gran lección: también el hombre es polvo puesto en este sendero de la vida y, como él, se engrandece y se eleva cuando es humilde y, al sentirse injustamente pisado, sabe perdonar. Hoy, al levantarse en torno a nuestra Madre, tiene algo de incienso.

El paisaje se hace bosquejo al verle a través de sus nubes y casi sin darnos cuenta recordamos a Gabriel y Galán cuando cantó en su «Castellano»:

«El campo que está a tus pies  
siempre es tan mudo, tan serio,  
tan grave, como hoy lo ves.  
No es mi patria un cementerio,  
pero un templo sí lo es.»

**M. I. Pedrero**

# La Mancha eterna

---

A Francisco Adrados Fernández, en el  
IV Centenario de Cervantes.

*Yo pasé—sombra y polvo—por sus campos...  
¡No logré despertarlos ni entenderlos!...*

*Frente a la huidiza caravana, siempre,  
La Mancha, eterna... Como el sol y el viento.  
Sin límites. Espacio que se sale  
de la medida trágica del tiempo...  
Se ensancha el llano; y, en su fin, engendra  
cada horizonte un horizonte nuevo...  
Aquí, el camino pasa; mas no empieza:  
agua caudal sin manantial ni término.*

*La Mancha, permanencia detenida  
por un pasmo de siglos y de esfuerzos.  
Más que episodio, voluntad clavada  
como un mástil de luz tendido al cielo;  
más que llanura, mar petrificado  
de resol y de arcilla... Y el sendero,  
como la estela dibujada en roca  
por el paso geológico del fuego...  
Pero el azul y el aire adormecidos,  
y entre las aspas de un molino, presos,  
se deslien y muelen como granos,  
al compás de una cítola de truenos...*

*Yo pasé por sus campos... Y la Mancha  
no vió mi prisa, ni rompió su sueño...  
Mas al pensar de nuevo en sus caminos,  
¡ví que he dejado el corazón en ellos!*

**Manuel González Hoyos.**

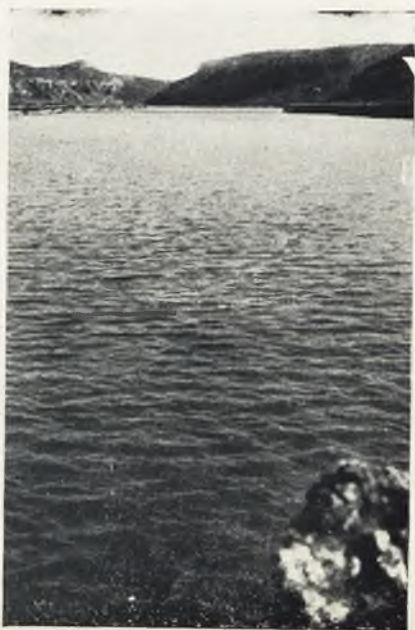
Santander, mayo 1947





# RUIDERA

*Reportaje gráfico por Joaquín Huertas*





# Molinos

## de Campo de Criptana

Molinos de Criptana, los de severos trazos,  
enhuestas caperuzas y corpulentos brazos,  
que aún os erguís, en reto de vuestra fuerza, en balde,  
callaos centinelas sobre el páramo jalde,  
que añoráis otros tiempos en que vencisteis, fieros,  
a un caballero, espejo y flor de caballeros,  
que salió a combatirlos con su rocín al trote  
pues si erais gigantes, él era Don Quijote.

Molinos de la tierra que ante el caballo ensancha  
más allá del Océano, Molinos de la Mancha,  
que habéis visto el desfile, por aquellos caminos  
polvorientos, de reyes, cautivos, peregrinos,  
de pálidas princesas y soeces arrieros,  
clérigos, galeotes, yangueses, cuadrilleros,  
el ventero, Crisóstomo, el Duque, Dorotea,  
Merlín, Maese Pedro, Camacho, Dulcinea,  
vizcainos y dueñas, y jaulas de leones,  
y escuderos... ¡Oh, miedo de Sancho!... narizones.

Quizá todo esto viérais en vuestra larga historia,  
y un acervo de cosas late en vuestra memoria  
que el recuerdo borroso con pálida luz brilla,  
Molinos de la Mancha, Molinos de Castilla,  
que ahora sobre el llano, vivero de hidalguía,  
deshojáis la flor pálida de la melancolía,  
mientras en torno a tantas desterradas virtudes  
teje la araña de las amargas inquietudes  
y el cisne del recuerdo dibuja, ágil, sus danzas  
en el azul del lago de vuestras añoranzas...

Porque ya no desfilan por los largos senderos  
princesas encantadas ni osados caballeros,  
ni hay ya quien desafíe vuestro poder gigante  
sobre un rocín escualido con ánimo arrogante,  
ni os erguís como reyes de la parda llanura.

Yo he visto correr vuestras lágrimas de amargura,  
y al rechinar, cansina, la estrofa de una queja.  
pergeñar, dolorida, la estrofa de una queja.  
Yo sorprendí en vosotros lastimeros quejidos  
cuando estáis, al silencio de la noche, dormidos  
en el yermo, que ha sido de la raza crisol,  
levadura y fermento de este genio español,  
que es brillante y sonoro como una hoja de acero,

hospitalario, hidalgo, valiente y justiciero;  
de este genio, que ha escrito casi la historia humana  
con rasgos de una aguda tizona toledana,  
porque al marcar su rumbo, de su destino en pos,  
llevaba en sus entrañas la bendición de Dios.

Molinos del Quijote, gigantes Briareos  
de cien brazos que giran en lentos devaneos,  
como la rueda loca de la fugaz fortuna,  
ya en los días de sol, ya en las noches de luna,  
rimando extraños cánticos de un místico lenguaje  
con el tosco chirrido de su viejo engranaje,  
mientras el silencio extiende sus alas bienhechoras  
y dan vueltas, cogidas de las manos, las horas,  
formando ese cortejo del eterno compás  
de las cosas que pasan y no han de volver más,  
de las horas que cruzan en un séquito lento  
como aspas de molino movidas por el viento...

Yo sé que vuestras quejas, como las quejas mías,  
son el trémolo fúnebre de muertas hidalguías,  
de olvidadas virtudes en la historia española,  
que hicieran del «suum cuique» su más fúlgida aureola.

¿Dónde están los que hicieron de su misma agonía  
resurrección, y de su pasión epifanía  
y se quitan la venda para el prójimo herido  
—eternos Cirineos del misero caído—  
y para el indigente vacían su granero  
y son amigos fieles del lobo y del cordero?

¿Dónde los que en el tímpano de cristal de su ser  
vibran sonidos dulces que nadie ha de entender?

¿Dónde están esas almas azules y serenas  
que gozan arrastrando las cruces de sus penas  
y llevan la justicia al punto donde alcanza  
el vuelo de su vista y el hierro de su lanza?

¿Dónde los que perfuman de virtudes sus males  
y beben hiel amarga y duermen en zarzales  
y comen el pan ácido de toda decepción,  
pero tienen henchido de paz su corazón?

Molinos del Quijote, gladiadores heridos  
que estáis desvencijados, dolientes, carcomidos,  
mutilados, deshechos, olvidados, vencidos...

Centinelas gallardos de los páramos secos,  
que otra vez contestaron a vuestro alerta en ecos,  
cuando érais poderosos y alzábais vuestras frentes  
y en alardes de fuerzas, vuestros brazos potentes;  
¡morid ya! Yo lo ansio, decrepitos gigantes.  
Doble llave ha cerrado la tumba de Cervantes.  
Ya no quedan Quijotes, ni quedan Rocinantes.

**Juan José Escribano de la Torre. (†)**

... ¡Cuánto amor y cuánto dolor hay en estas estrofas escritas hace algunos años por Juan José Escribano! Al desempolvarlas y publicarlas nosotros hoy, lo hacemos con la noble idea de rendir un sencillo homenaje al llorado poeta manchego, vida segada en plena juventud, cuyos ojos se cerraron con la melancolía de quien elevaba el alma abatida por el abandono en que yacían aquellos lugares cervantinos, tan amados por él...



# "SIGÜENZA"

## en Ciudad Real

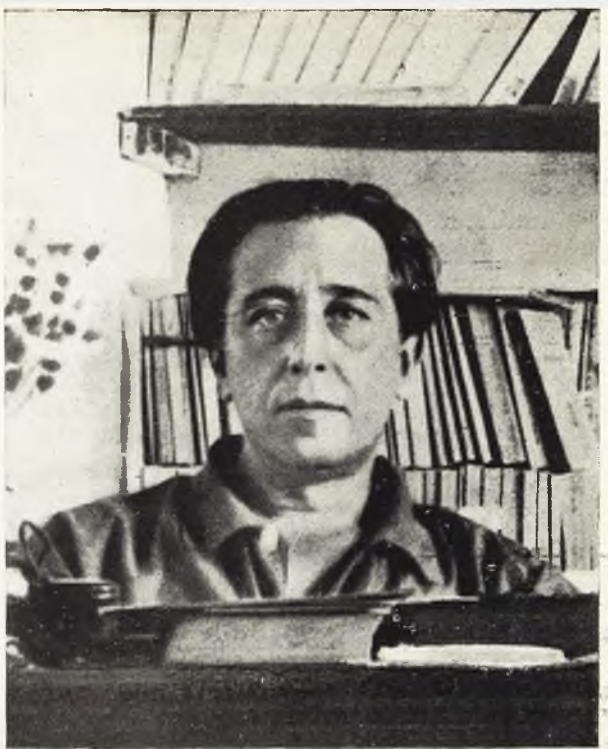
EN un ejemplar de «Niño y grande» escribió Clemencia Miró —1941— la siguiente dedicatoria: «Al amigo Juan Alcaide Sánchez dedico este libro de mi padre, donde el paisaje de Sigüenza y el de Don Quijote van armoniosamente unidos». Puso luego su nombre, y trazó debajo esa raya, descarnada y segura, de su rúbrica, tangente al infinito. A partir de la lectura de ese libro, Gabriel Miró—«Sigüenza»—, en todos mis recuerdos mironianos, está ligado a Ciudad Real.

«Frente a la iglesia parroquial se abría el paseo con olmos, tablado para la música y bancos para solearse los mendigos. A espaldas del templo vivíamos nosotros. Las sombras de sus muros apagaban nuestra casa; sólo por la mañana penetraba la alegría del sol...» Y así se explica que esa calle en sordina que hay detrás de la Catedral y esa otra donde se cuaja de humedad la sombra de San Pedro, las dos tengan... así como un «humo dormido», oxidación de «años y leguas» sin salida. Eternidad en el pozo encantado de los catorce años de Miró. Lejanía...

La Mancha dejó, no cabe duda, en la briosa adolescencia de «Sigüenza» un cuajarón de soledad. Nuestra llanura fué el enorme, el bárbaro cedazo que le crió su torrencera—agua y grava—de aromas, de sonidos, de colores... Y de aquí, más serio, más echado del paraíso, más dolorosamente humano, más insaciablemente místico, volvió Gabriel Francisco Víctor Miró hacia su Levante de turquesa y de espuma, de nopal y de loza. No desertaba de su suelo. Por el contrario, se iba a él. Pero sus manos llevaban un tacto de inmortalidad: lo habían aprendido cogiendo nuestro polvo áspero y evasivo. El hijo del ingeniero jefe de caminos había lo-

grado con el corazón lo que seguramente su padre no consiguió con el cálculo. (Y eso que sabemos, también, lo que Gabriel Miró debe a su padre...) Aquí, el muchacho, había aprendido la angustia. La angustia y una locura de soledad, de surco bajo Dios, brutal y dulce. Aquí había aprendido a volver.

Refiriéndose a Miguel Hernández, escribía Ramón Gaya: «...cuando comprenda, en fin, que su excesiva sensualidad no debe nunca considerarla como condición maldita y vergonzante, sino como fuerza silvestre, animal, insegura, peligrosa tan sólo, es entonces cuando, para no caer en un levantimismo superficial y barato, no pensará en volver la espalda a su verdadero suelo, sino que precisamente engolfándose mucho en él, o sea, realizándose de una manera total,



GABRIEL MIRO

es como mejor y más ha de sentirse alejado del sorollismo, del blascoibañismo, del villaespesismo—el coloreo y el facileo de Levante alcanzan y llegan hasta Almería—, ya que todas estas deslumbrantes personas fueron víctimas de sí mismas por no haber ahondado en sí mismas (una de las cosas que salvaron a Gabriel Miró fué, sin duda alguna, el valeroso empeño que puso en zambullirse muy de veras dentro de unos elementos desprestigiados, pero queridos por él y por él sentidos)». Esa fuerza terrible para sumergirse en sí mismo, es, aparte de su imán interior, fatal y trágico, adquirida, en cuanto a paisaje, en nuestra tierra; es, decimos, de su estrenada vida en Ciudad Real. La llanura fué para Miró un difumino de nostalgia. Gran parte de ese unto de sed, de tiempo dilatado y soledoso se la dimos aquí. «¡Esta Mancha, esta Mancha, no hay quien la entienda!», escribe. Era la voz de un personaje suyo. El—«Sigüenza»—la había entendido bien y bien se la llevaba hacia «el peñasal de Calpe», en lo lejano...

«¡Sigüenza en Ciudad Real!...» «Me sirvieron mantecadas de Manzanares y un vino rancio, espeso, dulce como una miel de higo, que derramó por toda mi sangre una dulcísima llama. ¡Qué inefable alegría la de mi vida entonces! No era alegría fúda y envilecedora, sino de una sensualidad afirmativa, alegría de exaltación, sintiéndome amplio, asomado sobre mi propia vida»... Por esa alegría bondadosa que él ha sabido pagarnos recordándola, le estamos obligados en algo. En mucho. ¿Qué nombres tienen esas calles que aquí cito? ¿No se podría llamar cualquiera de ellas con el nombre de él?... Pensadlo, amigos míos. Sería de muy buen gusto en este cuarto centenario cervantino.

Juan Alcaide Sánchez.

# MI MAESTRO

**E**N un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no puedo olvidarme, transcurría monótona mi niñez, entre cuidados familiares, convenciosos de puras costumbres castellanas, sacerdotes caritativos y celosos y maestro acogedor, nuestro D. Manuel, como le llamábamos sus discípulos, y Manolito, según le denominaban sus íntimos, paisanos y familiares.

D. Manuel, en nuestro pueblo, era una verdadera institución; ancho de hombros, sobre los que descollaba su cabeza erguida, de andar ceremonioso y reposado, con gravedad de gentilhombre, imbuido de gracia y donosura; era, en resumen, un apuesto señor manchego, un hidalgo de la llanura infinita. De cultura universitaria, profunda religiosidad y moral arraigada, se entregó a la enseñanza con toda la inquietud de sus ímpetus juveniles, luchando con tesón e inteligencia para educar a *ciento ochenta niños*, en una escuela de factura antigua, reducida, polvorienta, cuyo pavimento recordaba tiempos mejores, a juzgar por los pocos ladrillos que, con numerosos hoyos, se disputaban la superficie del suelo. En esta escuela de pobre y mísera instalación, aprendimos a vivir y a pensar, a conocer y a respetar, a querer y a perdonar, a rezar y a amar a Dios millares de niños españoles.

El religioso proceder de nuestro D. Manuel, llenó de espíritu el ámbito escolar, y los ideales más altos, eran asequibles a nuestras incipientes inteligencias por obra y gracia de un educador modelo, de un hombre bueno y religioso, de un patriota auténtico. ¡Y qué pobres son mis palabras, en relación con los merecimientos de nuestro insigne Maestro!

La educación de la juventud ocupó totalmente la vida de nuestro Maestro, y toda una generación de manchegos, en diversas localidades, deben a este hombre admirable las primicias de la cultura y de la honrría de bien, tan abundantemente repartidas en afán misionero ejemplarmente sostenido.

Han pasado varios lustros; el afán educacional del Maestro ha rebasado Castilla e invadido la Bética, en alegre escuelita trianera, compartiendo, como siempre, su vida ejemplar con niños y compañeros buenos, con sacerdotes santos, en un medio familiar ejemplarísimo, reposo merecido, en las postrimerías de su vida, y después de batallar contra la incultura y la incomprensión, dedicado a la más noble función, la de educar, en constante superación ambiciosa de ideales.

La fortaleza fisiológica de nuestro Maestro había triunfado hasta hace bien poco tiempo; sin cansancio, ni fatiga, sin un solo permiso en su vida profesional, pero los años no pasan en balde, ni los sinsabores tam-



poco. La pérdida de su esposa e hijo en pretéritos tiempos, una operación quirúrgica y el desgaste propio de una vida tan esforzada y laboriosa, desembocaron fatalmente en una grave enfermedad, cuando ya veía próxima su jubilación forzosa, descanso merecidísimo que se preveía con el honor correspondiente a tan gran señor.

Y aquí llega su última lección. Hace poco tiempo, mi Maestro enfermó; preso de fuerte fiebre, no podía ya asistir a la escuela. Y este hombre admirable, que tantos consejos dió y que tantas consultas había resuelto, pedía anhelante legalizar su situación profesional, pues entendía que su dolencia sería larga. Jamás me he sentido más antilegalista que en esta consulta, que tan sencillamente hubiera resuelto en otro caso. Mi Maestro benemérito, probidad de oro, conducta y alma santas, tras de cincuenta años de abnegada labor educativa, pedía con su estrecha conciencia, un alto en el camino de su labor diaria de la escuela trianera. ¿Y quién lo tenía más merecido que él? ¿Y por qué había de pedir él nada, que todo lo merecía, por faltar unos días a sus clases?

Semanas después, tras de un penoso viaje a Daimiel, su patria chica, llegaba este insigne Maestro a morir tan cristianamente como vivió, cerca de los suyos, reposando sus restos mortales junto a los de sus antepasados, como es costumbre de recia raigambre castellana y manchega.

¡Qué hermosa lección la de tu vida, enfermedad y muerte, de probidad, celo profesional y religiosa ejecutoria!

¿Con qué sentimiento, y cuán merecidamente hubiéramos hablado de ti en la XX Semana de Misiones Pedagógicas, celebrada recientemente en Ciudad Real, para ejemplo y estímulo de los demás?

Pero te conocíamos y te respetábamos. Sabíamos de tu modestia y de tu hidalguía. Otros prefieren parecer modestos, tú siempre quisiste serlo, que jamás hay tanto abismo entre el parecer y el ser, que cuando de modestia se trata.

No te equivocabas. Ni la inmodestia, ni la publicidad son virtudes que se cotizan en el Cielo. Y tú aspirabas al Cielo, humildemente, resignadamente, cristianamente. Por eso al sacarte del anónimo, en homenaje póstumo, sabemos que ya no herimos tu nativa humildad, pero pretendemos abrir una amplia vía en nuestras costumbres, que no destacan la tarea callada, anónima de maestros beneméritos, como el que la providencia nos deparó a nosotros.

Basta dirigir una ojeada a las biografías de mayor resonancia para comprender a qué extremos hemos llegado de ingratitud, cuando del Maestro de Primera Enseñanza se trata. Hay, y justo es reconocerlo, algunas excepciones; por ejemplo, en el testamento del insigne músico español, Manuel de Falla, puede leerse que ordenaba un piadoso recuerdo para su maestro de Primera Enseñanza.

Pero, volviendo a nuestro Maestro, tenemos que confesar, a fin de cuentas, y a fuer de sinceros, que debemos a su celo de educador modelo los cuatro quintos de nuestro modesto bagaje espiritual, como igualmente sus numerosos alumnos.

Bien seguros estamos que esa legión de discípulos, en estos días penitenciales de Santa Misión, teje con oraciones la gloria de tus merecimientos, y en lo más íntimo de nuestra conciencia nos embarga un anhelo que, en forma suplicante, traducimos a modo de oración, muy cordial y expresiva:

**¡DIOS TE DE, MI MAESTRO, TU DESCANSO Y SU GLORIA!**

**Dario Zori**

**Catedrático**

# FREY FERNAN GOMEZ DE GUZMAN

El Comendador de Fuenteovejuna

"De Ciudad Real  
viene vencedor"



LOPE DE VEGA

**D**E hasta qué punto la musa adulatora de un poeta puede cambiar los hechos verídicos de un déspota, son ejemplo las estrofas lamentables de Lope de Vega, el *Monstruo de la Naturaleza*—según le llamó Cervantes—, dedicadas al Comendador Mayor de Calatrava, Frey Fernán Gómez de Guzmán hombre en quien se daban cita todos los vicios y ninguna virtud, pues era, al decir de D. Aureliano Fernández Guerra, un tipo avariento, orgulloso y lascivo como no había dos en el siglo XV, ya que vivía despoziando las regiones manchegas y las andaluzas, exprimiendo la sangre de los míseros villanos, a la vez que atropellaba la honra de las castas doncellas, manchando con su lujuria las barbas immaculadas de los ancianos padres, a la vez que despreciaba las tocas de las viudas y las lágrimas de los huérfanos.

Los versos vergonzantes de Lope, rectificad~~os~~ noblemente después al escribir «FUENTEOVEJUNA», dicen así:

*«Sea bienvenido  
el Comendador  
de rendir las tierras  
y matar los hombres.  
¡Vivan los Guzmanes!  
¡Vivan los Girones (1)!  
Si en las pces blando,  
dulce en las razones,  
Venciendo moriscos,  
fuertes como un roble,  
de Ciudad Real  
viene vencedor;  
que a Fuenteovejuna  
trae sus pendones.  
¡Viva muchos años!  
¡Viva Fernán Gómez!»*

(1) Don Rodrigo Téllez Girón fué Maestro de la Orden de Calatrava en 1466, por renuncia de su padre D. Pedro, a pesar de la oposición que le hicieron los Caballeros calatravos en Villarrubia de los Ojos (Ciudad Real): A ellos alude el poeta.

Pero otro gallo le había de cantar al famoso Comendador de Calatrava, pues colmada la medida del sufrimiento, hirviendo en ira el pecho de los viejos, estallando de cólera el de los mozos y de indignación el de las mujeres, cada hecho nefando del tirano va llenando la copa de la venganza, que ha de rebosar en breve. Había regresado de sus correrías vandálicas por la Mancha y descansaba Frey Fernán Gómez de Guzmán en su casa a menuda de Fuenteovejuna, cierta noche de abril de 1476, en compañía de una llorosa doncella que sus esbirros le habían llevado como de costumbre, cuando el rugido popular que, ardiendo en ira, golpeaba con fuertes adabonazos la recia puerta de la Encomienda Mayor, le hizo asomarse trémulo a los balcones. Una compacta multitud, con teas encendidas y armada de toda clase de instrumentos de labranza, amén de algunos puñales, entre los que brillaba a la luz impresionante de las antorchas el afilado acero de las cortantes hachas y de las curvas hoces, estaba allí, clamando venganza y dispuesta a matarlo:

- ¡Fuenteovejuna, Fuenteovejuna!
- ¡Muera el tirano, violador de doncellas y salteador de haciendas!
- ¡Vivan nuestros gloriosos Reyes, Isabel y Fernando!
- ¡Abajo los herejes y los traidores al trono!

Porque es bueno consignar que el desalmado Comendador había roto los vínculos de respeto y de fealdad que debía a sus Soberanos, encendiendo la guerra civil en la Mancha y en Andalucía, convirtiendo cada soldado suyo en un repugnante verdugo. Robaban cuanto les venía en gana y saciaban su torpe lujuria en casadas, viudas y solteras. El Rey había enviado contra él, y contra el Gran Maestre de Calatrava Téllez Girón, al noble Maestre de la Orden de Santiago y a don Diego Fernández de Córdoba, Conde de Cabra y Alcaide de los Donceles.

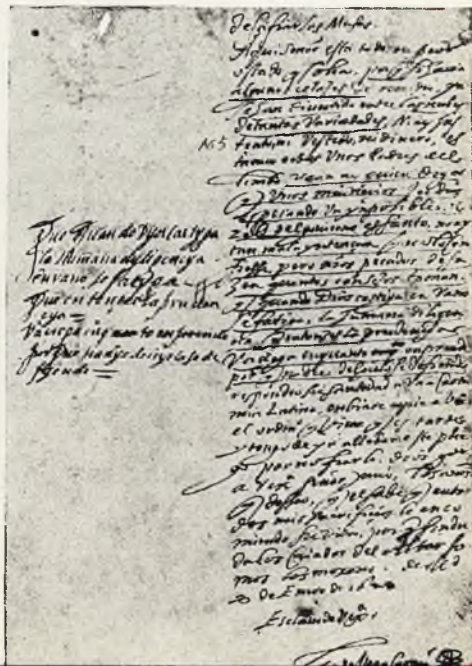
Pero el pueblo de Fuenteovejuna se adelantó a todos en sus deseos de hacer justicia. Temblaba cobardemente Frey Fernán Gómez de Guzmán y dió orden a sus ballesteros de que asaetearan sin piedad al pueblo amotinado en la plaza, arrojando sobre la multitud enormes peñascos y calderas de aceite hirviendo desde los altos matacanes. Inútil todo. Los villanos, ardiendo en coraje, destrozaron la ferrada puerta, irrumpieron en las estancias, subieron las macizas escaleras y acorralaron en un salón al déspota y a sus catravos, y sin hacer caso de súplicas ni de ofertas, arremetieron contra el grupo con su espantable, unánime y justiciero grito:

—¡Fuenteovejuna y a ellos!

Se defienden espada en mano los del Comendador, con la desesperación que da la vecindad de la muerte; pero pronto dan cuenta de ellos los amotinados labriegos, arrojando el cadáver de Gómez de Guzmán a la plaza por un abierto ajímez. Allí le escupen el ensangrentado rostro y le mesan las barbas cuantos débiles en vida ofendiera, quebrándole los dientes con el macho de un azadón. Sólo entonces se calma el furor homicida, que más tarde había de reflejar Lope de Vega, quizá arrepetido de sus elogios al traidor, en una comedia dramática inmortal.

Inútiles fueron los tormentos que mandó aplicar el juez pesquisidor, nombrado al efecto para instruir proceso por semejante desafuero, pues todos los vecinos de la villa amotinada contestaban que Fuenteovejuna, como así era en efecto, dado lo unánime del furor popular contra los crímenes del derribado tirano. El mismo poeta adulador de Fernán Gómez de Guzmán nos lo dice en sus versos famosos:

Autógrafo de Lope de Vega, el cantor ocasional del Comendador de Fuenteovejuna.





- ¿Quién mató al Comendador?  
 —Fuenteovejuna, señor.  
 —Y, ¿quién es Fuenteovejuna?  
 —Todos a una.

Pasma tal resolución y entereza en unos villanos del siglo XV, de los que en su fuero interno bien orgullosos estarían los Reyes Católicos, que así supieron erigirse en defensa del trono y de su honor. Así murió, pues, el Comendador Mayor de Calatrava, aquel repugnante traidor a la Corona de quien la musa aduladora de Lope escribió:

«De Ciudad Real  
 viene vencedor...»

**José Sanz y Díaz**

## LA INFLUENCIA DE LA MADRE EN DON QUIJOTE

**Por Emilio Ruiz Parra. (1)**

*¿Qué se hizo de la madre  
 de Don Quijote?  
 El viento arrastró ya el polvo  
 de su dolor y su nombre.  
 El viento que pasa y silba  
 de día y de noche  
 se la llevó más allá  
 de su ráfaga de voces.*

(Eleazar Muertas)

**D**ÓNDE está la madre de Don Quijote...?

Alanceando los ejércitos y los gigantes que el fermentado Frestón convirtiese diabólicamente en mansos corderos, y blancos molinos que mueven sus manos monótonamente, está sobre su flaco rocín el hidalgo de la Mancha.

Al fin, cansado, mantiene su lanza en alto, y torna lento, pausado, vencido.

Entre sus consejos, entre sus gestos, entre sus dislocadas aventuras flota en él un espíritu blanco, bello; un espíritu consolador y restitutivo, en medio del viento, «que pasa y silba de día y de noche».

«¿Qué se hizo de la madre  
 de Don Quijote?»

No aparece postrada a su lado, cual triste virgen, lacerado su corazón. ¿Dónde está? ¿Fue con el viento, por los ámbitos del mundo, entre el sonido retumbante y lúgubre del huracán? ¿Perdióse ya en el mundo del olvido, cual hoja que el viento arrastra entre el polvo del camino? Allá vuelve Don

(1) Esquema de un ensayo en preparación titulado: "La madre del Ingenioso Don Quijote de la Mancha".

Quijote, demudado, lívido, dejando caer acompasadamente sus brazos al constante ritmo de los hierros de Rocinante. Vuelve maltrecho y vencido, pero su espíritu vuelve tenso, templado, como el acero pacientemente trabajado por una mano dúctil y firme. Viene vencido, pero, paradójicamente, vuelve invencible. Su ánimo es fuerte, es duro: es como el acero templado con conciencia de ello. Su espíritu, modelado firmemente, guarda infusas las huellas indelebles de un timón fuertemente sujeto desde su infancia; de un timón clavado férreamente, que hace a su nave marchar indiferente, por una misma y continuada ruta. La madre de Don Quijote fué el atrevido piloto de aquel bajel de ensueños.

«Era blanca y era bella  
y se murió joven,  
dejando en el día claro  
su mirar tranquilo y noble.»

Ella era la dulce y firme guía de aquella soñadora alma desde su tierna infancia. Había grabado en su corazón, con un círculo de ardiente fuego, su propio espíritu. En el claro día de Alonso Quijano había estampado su propio mirar, su mirar tranquilo y noble, que es el sereno mirar del quijotesco gesto. Y, conforme a unas normas continuadas, que son las herméticas convicciones de su propia madre, marcha, sin hacer girar a su propio cerco por una ruta que se dirige, allá en el azul infinito, hacia ella. Y allí, en su propio hijo, está su dolor callado, flotando, como un blanco espíritu que sobre él extendiese sus manos. En Don Quijote la madre todo lo representa; significa todo un sistema de sedimentación, cuya cúpula corona la negra flor de su temprano óbito.

El mirar de Don Quijote, «tranquilo y noble», es el mirar noble y sereno de la madre.

Su rostro es el mismo que aquélla mostrase. Su alma es dulce y arrebatada, emprendedora y tierna; es el mismo alma que, en trozos, la madre fuese arrancando de sí misma, de su propio ser, para ir la legando a su hijo, íntegra, como la existencia que ella misma le diera. Es la misma alma que Don Quijote recogiera de sus brazos, en necesaria metempsicosis, para ir forjando su propio ser, mientras el de la madre se va fatalmente consumiendo, hasta el acerbo y necesario desenlace. Entonces recoge su herencia final, rasgándose su corazón y haciéndola penetrar en él. La madre de Don Quijote se sobrepone en su propia existencia sobre la ideal Dulcinea. Ella se halla en el fondo de su corazón, pues es su propia alma la que le da vida; ésta, Dulcinea, sólo se halla, aunque fuertemente impregnada en sus pensamientos, eso sí, en la sutil tela de su alma.

La madre de Don Quijote entregó su alma a éste, y no a Dios—con permiso de Dios, ciertamente—en muy temprana edad.

«¿Qué enfermedad la ha matado?  
¿Qué cáncer la roe?»

Un amor hacia su hijo, sólo semejante al amor de María hacia Jesús. La consumió, como a la madre de Cristo, el amor; un amor que roe su propia alma, para ir la entregando a su hijo, con el sello de unas lágrimas...

«Se alzó el viento de los llanos,  
el viento insomne.  
La fina arena volaba  
en el día claro y noble...»

Don Quijote, con su arrebatado blanco—herencia maternal—, sigue levantando, ennobleciendo, arena en la llanura.

La madre es quien guía...

*Ejemplar*



GRATUITO

Imprenta

ALCALA DE HENARES

“ T. P. A. ”